

COLABORADORES METEOROLOGICOS

Por Quirino VALBUENA

"Nuestro tributo de admiración y agradecimiento a todos aquellos que aportan los silencios a la sinfonía meteorológica."

NO cabe duda de que si el principal problema planteado hoy a la Humanidad es el del hambre, pudiera seguirle en importancia en la actualidad, y aun aventajarle en el futuro, el del agua.

Dado el uso y consumo, cada día mayor, que de la misma se hace en el mundo y de la creciente contaminación, que la inutiliza en parte para ciertas aplicaciones, será de primordial interés realizar cuantos estudios y trabajos sean necesarios para conocer las cantidades de agua disponibles y utilizables a todos los niveles.

Si bien en España disponemos de datos meteorológicos de los observatorios de varias capitales de provincia de más de cien años, es indudable que es a partir de los años treinta cuando las Confederaciones Hidrográficas incrementan la colocación de pluviómetros, especialmente en las zonas montañosas para los previos estudios a la construcción de pantanos, y posteriormente el Servicio Meteorológico aumenta la red, facilitando el material prácticamente a todo el que lo interesa.

Ya desde finales del siglo pasado, aparecen datos de los primeros colaboradores, que de una

manera desinteresada fueron los pioneros de esta familia, la más numerosa meteorológicamente considerada, extendida por toda España, que actualmente agrupa a unos cinco mil, y que han facilitado al Servicio millones de datos meteorológicos, hoy publicados o archivados, haciéndonos pensar en la situación que se hubiese creado a la nación sin su colaboración valiosa.

Quizá muchos del Servicio, que se encuentran destinados en dependencias poco relacionadas directamente con ellos, no valoren exactamente su misión callada y constante en facilitar datos pluviométricos y termométricos, que son sin duda básicos en Meteorología para multitud de estudios y aplicaciones. Sin embargo, los que durante más o menos tiempo hemos tenido relación con estos hombres y mujeres de la más variada condición social, no podemos por menos de recordar, a guisa de ejemplo, alguna anécdota vivida o trascrita en las tarjetas mensuales.

No es raro encontrar los que podrían denominarse «pluviométricos familiares», es decir, aquellos que pasan de padres a hijos sin interrupción en las observaciones y consideran el «cacharro» del agua como un patrimonio familiar. El éxodo rural también les preocupa pluviométricamente: «Los chicos se han ido todos a trabajar a la capital, el día que yo muera ¿quién va a continuar haciendo las observacio-

nes?» En otros casos llega casi a un conflicto hereditario, como en un pueblecito de la montaña palentina, donde todos los miembros de la familia sabían realizar las observaciones, y al fallecer el padre se disputaban acaloradamente la posesión del pluviómetro.

Merecen destacarse los profesores de Enseñanza General Básica, que ocupan un alto porcentaje entre los colaboradores y que utilizan los aparatos como complemento pedagógico para el alumnado, responsabilizándose por semanas los niños mayores, bajo la supervisión del profesor, en hacer las observaciones y cubrir las tarjetas. En alguna visita anual se ha presenciado cómo los alumnos transportaban el pluviómetro al edificio escolar para que el profesor hiciese ante todos la medida o diera la oportuna explicación. En otros sitios, al entrar en la clase, se han visto anotados en el encerado los datos meteorológicos locales.

En cierta ocasión sorprendió en el centro las tarjetas que se recibían de una estación del partido judicial de La Bañeza correctamente cubiertas, pero en las que los datos estaban anotados con números distintos e incluso con bolígrafos de distintos colores; en la visita anual que se realizó, al preguntar por el maestro que estaba encargado, nos informaron de que hacía seis meses que había fallecido y la escuela estaba cerrada. Los alumnos se habían encargado de forma rotativa de hacer la observación cada día uno, que al terminarla entregaba el cuaderno al siguiente, de forma que no llegó a faltar un solo dato.

A veces, estos profesionales de la enseñanza, llevados de su excesivo celo por la estación, cuando son trasladados de localidad, incluyen los aparatos en su ajuar para instalarlos en su nuevo destino.

Finalmente, no se debe omitir la anotación hecha en una tarjeta por un farmacéutico ya fallecido que decía: «Tengo la probeta rota, pero pesaré el agua para que no falte el dato», y hacía debidamente la conversión de los gramos pesados a milímetros de lluvia.

Si hacemos un recorrido mental por los archivos centrales y regionales del servicio, así como por las diversas publicaciones de organismos y particulares que de alguna manera abordan temas meteorológicos, incluyendo también a los muchos estudiantes que lo hacen para sus trabajos fin de carrera, tesinas o tesis, es forzoso reconocer la eficaz labor de estos colabora-

dores que desde los lugares más dispersos y dispares de la nación remiten de una forma constante al servicio las tarjetas meteorológicas.

En muchas localidades, especialmente cuando la estación meteorológica lleva funcionando varios años, ya la consideran como patrimonio municipal y los datos son comentados en las solanas y cocinas, sobre todo en las épocas cruciales de nascencia y fructificación de los sembrados, o en aquellas otras en que la prolongada sequía o las precipitaciones excesivas amenazan seriamente las futuras cosechas, siendo frecuente oír cómo traducen los litros medidos en el pluviómetro con «el golpe de arado arrastrado por animales o del tractor».

Teniendo en cuenta la voluntariedad de este personal, no es posible de momento disponer de una red de estaciones ajustadas a un plan establecido para cubrir uniformemente nuestro suelo, y cada vez se estima será más difícil conseguirlo, teniendo en cuenta el éxodo rural a las ciudades y localidades industriales, siendo ya muy difícil poder continuar con las estaciones en muchos pequeños pueblos que cuentan con muchos años de observaciones, por haberse despoblado o porque los escasos habitantes que quedan no quieren hacerse cargo del pluviómetro; estos casos se agudizan en las zonas montañosas, tan importantes para la pluviometría, y en las comarcas más pobres de nuestra geografía.

Aunque el servicio concede como estímulo gratificaciones anuales a este personal, sería conveniente estudiar la forma de aumentar su cuantía, ya que, como decía un colaborador recientemente, «también ha subido el precio del aceite», y, por último, que su importe estuviera en reciprocidad con el trabajo realizado, ya que es muy diferente hacer las mediciones, a veces en mangas de camisa, en un pueblecito de privilegiada climatología, que en una zona montañosa donde en alguna ocasión hay que ir sobre la nieve a descubrir los aparatos para realizar las lecturas, no siendo raro que en pleno invierno, en años excepcionales, los encargados anoten en las tarjetas los litros totalizados durante los días en que no han podido llegar hasta el pluviómetro.

Vaya, pues, nuestro elogio, agradecimiento y admiración a todos aquellos que, en casi anónima y constante colaboración, saben aportar el poco espectacular pero bien medido silencio en la sinfonía meteorológica.